



**José María Vera Villacián**

Director General

<https://www.OxfamIntermon.org>

Queridos padres, profes, jesuitas y sobre todo alumnos y alumnas que acabáis.

Hoy es el final de una etapa de estudio y de juego, de curiosidad, de esfuerzo y de ilusión, buenos años, seguroj. Hablo ante gentes de todo tipo, de campesinos en Sudán del Sur, a ministros, a voluntarios en España. Todas importantes aunque pocas tan emocionantes como volver a la infancia y mirar honestamente a los ojos del niño que fue entre estas paredes. Y miraros a los ojos con esas ganas que tenéis de salir y vivir con intensidad. Es un privilegio compartir este rato.

Estuve en el colegio 8 años que dejaron una huella intensa. No fue un tiempo fácil. Ser niño tartamudo en un colegio grande es todo un reto, una situación familiar complicada, en fin. En el colegio encontré un espacio seguro, compañeros, scouts del 125, baloncesto...qué pasión la que el hermano Beltrán nos transmitía, sabiendo que podíamos rendir por encima de lo aparente. Vivir a 200 metros de la puerta de los carros hacía que el colegio fuera casi mi casa.

De la vida que se inicia entre estos muros, con unos profesores entrañables, quiero compartir dos aspectos que han sido centrales: las fronteras y la misericordia. O puesto de otra manera, "en las fronteras de la misericordia".

Elegí acercarme a las fronteras y arriesgar. Estaba un año en Perú, al acabar la carrera, cuando asesinaron a seis jesuitas y dos mujeres en la Universidad de El Salvador por defender a los más pobres, clamando por la justicia desde un compromiso pacífico, radical y cercano a quienes sufren. Esas muertes y sobre todo esas vidas y otras, marcaron la llamada a dedicar mis energías a las causas sociales y al "prójimo lejano".

Nunca fui un conformista, sobre todo si intentaban callarme. Y eso lo fueron sabiendo algunos de mis profes, ay. Con el tiempo dirigí el inconformismo a lo injusto,

especialmente a aquéllas estructuras, prácticas y actitudes que machacan a los más vulnerables. Me rebela, más cuanto más tiempo pasa.

Hace un año pasé un tiempo en la República Centrafricana, tal vez el país más olvidado del mundo. Allí la violencia estalló entre etnias y grupos religiosos. Una tarde pude conversar en un espacio de confianza con mujeres y hombres a quienes les habían matado a sus hijas e hijos delante de ellos. Pocas veces he estado ante tanto dolor, tan hondo. Es muy difícil hablar de reconciliación tras algo así. Además de lo que podemos ayudar a las víctimas, siempre me comprometo a contarlo, a que no quede indiferente y en el olvido. A los dos meses estábamos en Nueva York trasladando el testimonio de estas mujeres, a quienes tienen poder de decisión en Naciones Unidas y pueden hacer algo para frenar la violencia, para reparar, para sanar. La esperanza existe, siempre, también en esas situaciones extremas, a partir de la fuerza interior inmensa que cada persona tiene, para luchar por su vida y la de su comunidad.

El mundo es apasionante, incierto y, sí, puede ser duro. Es duro sobre todo para quienes han nacido en lugares donde no hay derechos, donde se pasa hambre, donde hay violencia, para quienes tienen que huir de las bombas y de la sed buscando refugio y topándose con muros y vallas. Los descartados de los que nos habla el Papa Francisco. También es duro para quienes no tienen empleo durante años, para quienes sufren la precariedad extrema que impide construir una vida con un mínimo de estabilidad.

“Si os calláis, gritarán las piedras” dijo Jesús. No os calléis, no renunciéis a la tensión comprometida, a llegar a la frontera, la que sea que os toque, en Málaga o fuera. Las fronteras no solo están en lugares lejanos, ni son solo para algunas personas que escogen estar en situaciones extremas. Las tenéis alrededor, las tendréis en la universidad, en las organizaciones o empresas en las que trabajéis, en vuestras familias, en vuestro barrio. Hay situaciones injustas que no pueden dejarnos indiferentes, hay dolor que debe ser sanado, hay espacios en los que debemos participar para construir fuera de cada uno, de lo “mio”. Para eso nos han educado.

No os escondáis, no os acostumbréis a que “estas cosas pasan”. Nunca. La palabra bien dicha, respaldada por los hechos, respetuosa aunque contundente, esa cambia el mundo y lo acerca a lo que quiso Jesús.

Las fronteras del conocimiento, de la ética, de la solidaridad sin límites, son apasionantes, os lo aseguro, es donde realmente se vive con intensidad, donde se siente con emoción, donde la ilusión no es banal. También son duras, suponen vivir en tensión, sin acomodarse, con coraje. Y es que la frontera última es la de la Cruz de Jesús, un lugar de perdedores, el de la entrega absoluta. Luego llegó la Resurrección pero eso no se sabía. Es ahí donde se vive para lo que sirve aquello que hemos aprendido, esa materia que os gustó, esos valores que calaron hondo.

En las fronteras y en la vida se puede estar de dos maneras, y solo de dos. Con misericordia o sin ella. El Papa Francisco ha hecho de la misericordia, que es lo más hondo que tiene Jesús, el centro de su mensaje: sobre la vida en la Iglesia de quienes sufren y de quienes caen; y sobre los grandes desafíos de vuestro tiempo: la desigualdad, las migraciones, la precariedad en el empleo y el cambio climático.

Insistía antes en defender aquello en lo que creemos. Y sin embargo no paramos de escuchar gritos, las redes son colonizadas por trolls, la palabra se hace corta y afilada, destinada a herir y no a dar testimonio y cambiar. No es lo mismo, no tiene nada que ver, estar en la frontera y en la vida desde la misericordia, que considera al otro hermano, sea quien sea, que hacerlo desde las razones arrojadas contra el otro. No es lo mismo buscar el diálogo que el conflicto polarizado.

“Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana” se dice en la Eucaristía. La palabra viene de “miseria” y de “corazón” y habla de poner el corazón cerca de aquello que la sociedad esconde tantas veces, de escuchar y tratar de entender antes de juzgar. ¿Qué hay detrás?, ¿qué pasó? Toda persona merece la respetuosa escucha que precede a la acogida, especialmente de quien está caído.

¿Y sabéis qué? Os irá bien, estoy seguro, pero os caeréis, de eso también estoy seguro. En la familia, en el trabajo, en vuestro ser más íntimo, habrá momentos en que os quebraréis. Y aprenderéis más o diferente, de las caídas que de los éxitos, os cambiarán y os harán mejores. Sobre todo más humildes y flexibles. Os caeréis y será el tiempo de levantaros de nuevo, más sabios, con conocimiento interior.

Eso sí, no podemos levantarnos solos. Cuando uno es vencido, es cuando sentimos en lo más hondo la necesidad radical del otro. Y si tenemos la infinita gracia de la Fe, entonces podemos sentir el suave abrazo del Padre que se muere por mirar cara a cara a quien enfrenta la derrota, sea ésta la que sea. La experiencia del caído es la más honda que se puede tener y sí, aunque hoy os parezca lejana –o tal vez no- también nos han dado los hilos y los afectos para tejer la cuerda que nos levanta.

Seguro que habéis visto El Señor de los Anillos. Gollum está enganchado por completo al poder del anillo, y sufre, pelea pero no consigue liberarse. Todos sienten asco hacia Gollum. Solo Frodo se apena, porque solo Frodo entiende también, como portador del anillo, lo que éste supone de carga. Porque solo Frodo será capaz de liberarse en una pelea infinita y así liberar a otros.

Quien ha sentido la misericordia, puede sentir empatía hacia el dolor. Esto también se puede vivir en el colegio. De hecho, cuando miro me viene el Padre Tejera. En la pastoral de pequeños, subiendo al monte incansable con los scouts. Y es que no se trata de grandes gestos ni gestas, sino de sabernos queridos, a través de la palabra sencilla, la mirada pacífica que serena y el corazón que acoge, seas quien seas. No

importa. El Padre Tejera no te hacía sentir importante, te hacía sentir querido, que es mucho más importante.

Quien os acompañe en vuestra vida os ayudará a llegar a esas fronteras de la misericordia. Mirad un segundo a quienes tenéis al lado, con cariño. Elegid bien la compañía, pareja, amigos, os pueden frenar o inspirar e impulsar hasta dar más.

Acabo que os tenéis que ir, a celebrar y a vivir vuestros sueños. Perseguidlos, serán buenos y son los vuestros. No os conforméis con lo que os toque y venga, no calculéis todo, no tengáis miedo, buscad hacer vida aquello que os mueve dentro, lo que hace que el corazón y la piel se estremezcan, la imaginación vuele y la esperanza os llene . Vuestros sueños son únicos y empezaron en el Colegio, recordadlo siempre. Al cabo de unas decenas de años volveréis, miraréis a los ojos al niño que fue y el niño os preguntará....

Muchas gracias!

Chema Vera, antiguo alumno y director de Oxfam Intermon